

NARRACIONES FANTASTICAS

Antología



BJ
CARALT

NARRA- CIONES FANTAS- TICAS

Antología

Primera edición: junio de 1978

Títulos originales: L'Espoir (V. de L'Isle Adam)

The Facts in the Case of Mr. Valdemar (E. A. Poe)

Maese Pérez, el Organista (G. A. Bécquer)

Haguruma (P. Akutagawa)

Ein Hungerkünstler (F. Kafka)

Rat Krespel (E. T. A. Hoffman)

Pandora (G. de Nerval)

The Vampire (W. Polidori)

Le Horla (G. de Maupassant)

Traducción: Ramón Hervás y Antonio-Prometeo Moya

Diseño cubierta: Balaguer

ISBN 84-217-4255-8

Depósito Legal: B. 19673 - 1978

© Luis de Caralt Editor S. A., Rosellón 246,
Barcelona, 1976, 1978

Impreso en España — Printed in Spain

Gráficas Diamante, Zamora 83, Barcelona-18

Edición digital: Sargont (2017)

VILLIERS DE L'ISLE ADAM

La esperanza

Mathias Philippe Auguste de Villiers de Viste Adam (1838-1889) fue uno de los más gloriosos representantes de la bohemia parisiense durante la segunda mitad del pasado siglo. Aristócrata arruinado, no se atreve a casarse con la hija de Théophile Gautier, por su falta de recursos, a la vez que reclama inútilmente su derecho a la cruz de Malta y reivindica sus aspiraciones al trono de Grecia. Sus ínfulas nobiliarias no le impiden ser un activo comunero en el París de 1871. Amigo de Baudelaire, Hugo, Eloy, Huysmans, Mallarmé y Wagner, la atormentada situación económica de Villiers le impide realizar una obra literaria de largo aliento y debe conformarse a una obra de menores vuelos, rápidamente publicable. Interesado por el ocultismo y la metapsíquica, se opone con ardor al positivismo científico de su época. Zarandeado toda su vida por sus contradicciones íntimas, el autor de Vera y La Eva futura dosifica en su obra el misterio y el suspense, la violencia y la crueldad, la extravagancia y lo fantástico con habilidad magistral.

Al atardecer, el venerable Pedro Argüés, sexto prior de los dominicos de Segovia, tercer Gran Inquisidor de España, seguido de un fraile redentor (encargado del tormento) y precedido por dos familiares del Santo Oficio provistos de linternas, descendió a un calabozo. La cerradura de una puerta maciza chirrió; el inquisidor penetró en un hueco mefítico, donde un triste destello del día, cayendo desde lo alto, dejaba percibir, entre dos argollas fijadas en los muros, un caballete ensangrentado, una hornilla, un cántaro. Sobre un lecho de paja sujeto por grillos, con una argolla de hierro en el pescuezo, estaba sentado, hosco, un hombre andrajoso, de edad indescifrable.

Este prisionero era el rabino Abarbanel, judío aragonés, que —aborrecido por sus préstamos usurarios y por su desdén hacia los pobres— diariamente había sido sometido a la tortura durante un año. Su fanatismo, «duro como su piel», había rehusado la abjuración.

Orgullosa de una filiación milenaria —porque todos los judíos dignos de este nombre son celosos de su sangre—, descendía talmúdicamente de la esposa del último juez de Israel, hecho que había mantenido su entereza en lo más duro de los incesantes suplicios.

Con los ojos llorosos, pensando que la tenacidad de esta alma hacía imposible la salvación/ el venerable Pedro Argüés, aproximándose al tembloroso rabino, pronunció estas palabras:

—Hijo mío, alégrate: tus trabajos van a tener fin. Si en presencia de tanta obstinación me he resignado a permitir el empleo de tantos rigores, mi tarea fraternal de corrección tiene límites. Eres la higuera reacia, que por su contumaz esterilidad está condenada a secarse... pero sólo a Dios toca determinar lo que ha de suceder a tu alma. ¡Tal vez la infinita clemencia lucirá para ti en el supremo instante! ¡Debemos esperarlo! Hay ejemplos... ¡Así sea! Reposas, pues, esta noche en paz. Mañana participarás en el auto de fe; es decir, serás llevado al quemadero, cuya brasa premonitória del fuego eterno no quema, ya lo sabes, más que a distancia, hijo mío. La muerte tarda por lo menos dos horas (a menudo tres) en venir, a causa de las envolturas mojadas y heladas con las que preservamos la frente y el corazón de los holocaustos. Seréis cuarenta y dos solamente. Considera que, colocado en la última fila, tienes el tiempo necesario para invocar a Dios, para ofrecerle este bautismo de fuego, que es el del Espíritu Santo. Confía, pues, en la Luz y duerme.

Dichas estas palabras, el inquisidor ordenó que desencadenaran al desdichado y lo abrazó tiernamente. Lo abrazó luego el fraile redentor y, muy bajo, le rogó que le perdonara los tormentos. Después lo abrazaron los familiares, cuyo beso, ahogado por las cogullas, fue silencioso. Terminada la ceremonia, el prisionero se quedó solo, en las tinieblas.

El rabino Abarbanel, seca la boca, embotado el rostro por el sufrimiento, miró sin atención precisa la puerta cerrada. «¿Cerrada...?» Esta palabra despertó en lo más íntimo de sus confusos pensamientos un sueño. Había entrevisto un instante el resplandor de las linternas por la hendidura entre el muro y la puerta. Una esperanza mórbida lo agitó; Suavemente, deslizando el dedo con suma precaución, atrajo la puerta hacia él. Por un azar extraordinario, el familiar que la cerró había dado la vuelta a la llave un poco antes de llegar al tope, contra los montantes de piedra. El enmohecido pestillo no había entrado en su sitio y la puerta quedó abierta.

El rabino arriesgó una mirada hacia afuera.

A favor de una lívida oscuridad, vio un semicírculo de muros terrosos en los que había labrados unos escalones; y en lo alto, después de cinco o seis peldaños, una especie de pórtico negro que daba a un vasto corredor del que no le era posible entrever, desde abajo, más que los primeros arcos.

Se arrastró hasta el nivel del umbral. Era realmente un corredor, pero casi infinito. Una luz pálida, con resplandores de sueño, lo iluminaba. Lámparas suspendidas de las bóvedas azulaban a trechos el color deslucido del aire; el fondo estaba en sombras. Ni una sola puerta en esa extensión. Por un lado, a la izquierda, troneras con rejas, troneras que por el espesor del muro dejaban pasar un crepúsculo que debía ser el del día, porque se proyectaba en cuadrículas rojas sobre el enlosado. Quizás allá lejos, en lo profundo de las brumas, una salida podía dar la libertad. La vacilante esperanza del judío era tenaz, porque era la última.

Sin titubear se aventuró por el corredor, sorteando las troneras, tratando de confundirse con la tenebrosa penumbra de las largas murallas. Se arrastraba con lentitud, conteniendo los gritos que pugnaban por brotar cuando le martirizaba una llaga.

De repente, un ruido de sandalias que se aproximaba lo alcanzó en el eco de esta senda de piedra. Tembló, la ansiedad lo ahogaba, se le nublaron los ojos. Se agazapó en un rincón y, medio muerto, esperó.

Era un familiar que se apresuraba. Pasó rápidamente con una

tenaza en la mano, la cogulla baja, terrible, y desapareció. El rabino, casi suspendidas las funciones vitales, estuvo cerca de una hora sin poder iniciar un movimiento. El temor de una nueva serie de tormentos, si lo apresaban, le hizo pensar en volver a su calabozo. Pero la vieja esperanza le murmuraba en el alma ese divino *tal vez*, que reconforta en las peores circunstancias. Un milagro lo favorecía. ¿Cómo dudar? Siguió, pues, arrastrándose hacia la evasión posible. Extenuado de dolores y de hambre, temblando de angustia, avanzaba. El corredor parecía alargarse misteriosamente. Él no acababa de avanzar; miraba siempre la sombra lejana, donde *debía* existir una salida salvadora.

De nuevo resonaron unos pasos, pero esta vez más lentos y más sombríos. Las figuras blancas y negras, los largos sombreros de bordes redondos, de dos inquisidores, emergieron de lejos en la penumbra. Hablaban en voz baja y parecían discutir algo muy importante, porque las manos accionaban con viveza.

Ya cerca, los dos inquisidores se detuvieron bajo la lámpara, sin duda por un azar de la discusión. Uno de ellos, escuchando a su interlocutor, se puso a mirar al rabino. Bajo esta incomprendible mirada, el rabino creyó que las tenazas mordían todavía su propia carne; muy pronto volvería a ser una llaga y un grito.

Desfalleciente, sin poder respirar, las pupilas temblorosas, se estremecía bajo el roce espinoso de la ropa. Mas, cosa a la vez extraña y natural, los ojos del inquisidor eran los de un hombre profundamente preocupado de lo que iba a responder, absorto en las palabras que escuchaba; estaban fijos y miraban al judío, sin verlo.

Al cabo de unos minutos los dos siniestros discutidores continuaron su camino a pasos lentos, siempre hablando en voz baja, hacia la encrucijada de donde venía el rabino. No lo habían visto. Esta idea atravesó su cerebro: ¿no me ven porque estoy muerto? Sobre las rodillas, sobre las manos, sobre el vientre, prosiguió su dolorosa fuga, y acabó por entrar en la parte oscura del espantoso corredor.

De pronto sintió frío sobre las manos que apoyaba en el enlosado; el frío venía de una rendija bajo una puerta hacia cuyo marco convergían los dos muros. Sintió en todo su ser como un vértigo de esperanza. Examinó la puerta de arriba abajo, sin poder distinguirla bien, a causa de la oscuridad que la rodeaba. Palpó: nada de cerrojos ni cerraduras. ¡Un picaporte! Se levantó. El picaporte cedió bajo su mano y la silenciosa puerta giró sobre sus goznes.

La puerta se abría sobre jardines, bajo una noche de estrellas. En plena primavera, la libertad y la vida. Los jardines daban al campo, que se prolongaba hacia la sierra, en el horizonte. Ahí estaba la salvación. ¡Oh, huir! Correría toda la noche, bajo esos bosques de limoneros, cuyas fragancias le buscaban. Una vez en las montañas, estaría a salvo. Respiró el aire sagrado, el viento le reanimó, sus pulmones resucitaban. Y para bendecir otra vez a su Dios, que le deparaba esta misericordia, extendió los brazos, levantando los ojos al firmamento. Fue un éxtasis.

Entonces creyó ver la sombra de sus brazos retornando sobre él mismo; creyó sentir que esos brazos de sombra lo rodeaban, lo envolvían, y tiernamente lo oprimían contra su pecho. Una alta figura estaba, en efecto, junto a la suya. Confiado, bajó la mirada hacia esta figura, y se quedó jadeante, enloquecido, los ojos sombríos, hinchadas las mejillas y balbuceando de espanto. Estaba en brazos del Gran Inquisidor, del venerable Pedro Argüés, que lo contemplaba, llenos los ojos de lágrimas y con el aire del pastor que encuentra la oveja descarriada.

Mientras el rabino, los ojos sombríos bajo las pupilas, jadeaba de angustia en los brazos del inquisidor y adivinaba confusamente que todas las fases de la jornada no eran más que un suplicio previsto, el de la esperanza, el sombrío sacerdote, con un acento de reproche conmovedor y la vista consternada, le murmuraba al oído, con una voz debilitada por los ayunos:

—¡Cómo, hijo mío! ¿En vísperas, tal vez, de la salvación, querías abandonarnos?

EDGAR ALLAN POE

El caso del señor Valdemar

Hijo de una pareja de actores, Edgar Poe queda huérfano cuando sólo cuenta unos meses de edad. Adoptado por el comerciante Allan, Poe recibe una educación esmerada en Inglaterra y en los mejores colegios de los Estados Unidos. Genuino poeta maldito, Poe lleva en sí el estigma de la destrucción. Expulsado primero de la Universidad de Charlottesville y luego de West Point, Edgar Allan Poe marcha a Grecia para luchar contra los turcos. Su rastro reaparece en San Petersburgo, donde está a punto de ser fusilado por la policía, zarista. Salvado por el embajador americano, regresa a su país y comienza a publicar relatos en las mejores revistas. Alucinado por el alcohol, se casa con Virginia Clemm, su prima. Tras la muerte prematura de Virginia, Poe es presa de frecuentes accesos de delirium tremens. Su tía y suegra le cuida amorosamente, pero no puede impedir que Poe, el 7 de octubre de 1849, muera —casi un suicidio— en una taberna de Filadelfia.

No debemos asombrarnos de que el caso del señor Valdemar haya suscitado una discusión. Hubiera sido milagroso que no hubiese ocurrido así, particular-, mente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas de que el asunto continuara secreto, al menos por el presente, o esperando la oportunidad de una nueva investigación, y nuestros esfuerzos para triunfar sobre ello han dado lugar a que se difunda un relato imperfecto o exagerado entre el público y que, presentando el asunto con los colores más desagradablemente falsos, ha dado origen a un gran descrédito.

Así, pues, es necesario que dé cuenta de los *hechos*, por lo menos como yo mismo los comprendo, brevemente. Helos aquí:

En estos tres últimos años, y varias veces, mi atención había sido atraída por el magnetismo; y, hace unos nueve meses, repentinamente acudió a mi imaginación la idea de que, en la serie de experiencias hechas hasta el presente, existía una grandísima e inexplicable laguna: nadie había sido magnetizado *in artículo mortis*. Quedaba por saber si en tal estado el paciente podía recibir el influjo magnético; en segundo lugar, si, en el caso afirmativo, era atenuado o aumentado por esa circunstancia, y en tercer lugar, hasta qué punto o durante cuánto tiempo las usurpaciones de la muerte podían quedar paralizadas por la operación. Se debían comprobar otros puntos, pero los anteriores eran los que más excitaban mi curiosidad, particularmente el último a causa del carácter trascendental.

Buscando a mi alrededor un sujeto por medio del cual pudiese aclarar estos puntos, fijé la elección en mi amigo Ernesto Valdemar, compilador muy conocido en la *Biblioteca forense*, el autor (bajo el seudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*. El señor Valdemar, que residía generalmente en Harlem (Nueva York) desde el año 1839, es o era particularmente notado por la excesiva delgadez de su persona: sus miembros inferiores se parecían mucho a los de Juan Randolph, y también por la blancura de sus patillas, que contrastaban con su cabellera negra, y que todos tomaban por una peluca, por la diferencia de colores. Su temperamento era singularmente nervioso y hacía un excelente sujeto para las experiencias magnéticas. En dos o tres ocasiones le había hecho dormir sin gran dificultad; pero quedé desconcertado acerca de otros resultados que esperaba de su particular constitución. Su voluntad nunca estuvo completamente abandonada a mi influencia y en lo que se refiere a la *clarividencia* nunca pude conseguir algo que

podría llamarse concluyente. Siempre había atribuido mi fracaso a su mala salud. Algunos meses antes de conocerle, los médicos le habían declarado atacado por una tuberculosis muy característica. También debo decir que tenía la costumbre de hablar de su próximo fin con mucha sangre fría, como de una cosa que no podía ser evitada ni sentida.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas de que ya he hecho mención, era muy natural que pensase en el señor Valdemar. Conozco demasiado bien la filosofía del hombre como para temer algunos escrúpulos de su parte, y como en América no tenía pariente alguno, tampoco era de temer esta clase de intervención. Le hablé francamente, y con gran sorpresa vi que tomaba vivo interés. Digo con gran sorpresa porque, aunque siempre se había prestado amablemente a mis experimentos, nunca manifestó el menor interés por mis estudios. Su enfermedad es de las que admiten un cálculo exacto en lo que se refiere a la época de su *desenlace*; y finalmente se convino entre nosotros que me enviaría a buscar veinticuatro horas antes del término señalado por los médicos para su muerte.

Hace siete meses que recibí la siguiente epístola del señor Valdemar:

«Mi querido P...

»Ya puede usted venir. Los señores D... y F... están de acuerdo, y me han dicho que no pasaré de mañana; y creo que han calculado bien, sobre poco más o menos.»

Recibí esta carta una media hora después de haber sido escrita, y quince minutos más tarde me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto desde hacía diez días, y quedé aterrado con la terrible alteración que este corto intervalo había producido en él. Su rostro tenía el color del plomo, los ojos parecían apagados y la delgadez era tan grande, que los pómulos habían quedado al descubierto. La expectoración era excesiva, y el pulso imperceptible. No obstante, conservaba todas sus facultades espirituales y cierta fuerza física hablando distintamente, tomando sin ayuda algunas drogas paliativas, y cuando entré en la habitación estaba ocupado en escribir algunas palabras en agenda. Se encontraba sostenido por las almohadas de su lecho y los doctores D... y F...

Después de haber estrechado la mano de Valdemar, llamé aparte a esos señores e hice que me dieran cuenta del estado del

enfermo. Desde hacía dieciocho meses, el pulmón izquierdo se encontraba en un estado semi-huesoso y cartilaginoso, y, por tanto, impropio para toda función vital. El pulmón derecho en su región superior, también se había osificado, si no en su totalidad, por lo menos en parte, mientras que la parte inferior ya no era sino una masa de tubérculos purulentos, penetrándose los unos en los otros. Existían varias perforaciones profundas, y en cierto punto había una adherencia permanente en las costillas. Estos fenómenos del lóbulo eran de época relativamente reciente. La osificación había marchado con una rapidez insólita. Un mes antes, no se descubría el menor síntoma y la adherencia no se había observado sino en estos últimos días. Independientemente de la tuberculosis, sospechábase la existencia de un aneurisma de la aorta, pero acerca de este punto los síntomas de osificación hacían imposible todo diagnóstico. La opinión de ambos médicos era que el señor Valdemar moriría a eso de la medianoche del día siguiente, el domingo. Estábamos en sábado y eran las siete y media de la tarde.

Al abandonar la cabecera del moribundo para hablar conmigo, los señores D... y F... le habían dado un supremo adiós. Los doctores no tenían intención de volver, pero a mis instancias consintieron en venir a ver al paciente a eso de las diez de la noche.

Cuando se marcharon, hablé libremente con el señor Valdemar de su próxima muerte, y más particularmente de la experiencia que nos habíamos propuesto hacer, mostrándose deseoso de comenzarla en seguida.

Dos criados, un hombre y una mujer, debían ayudarnos; pero no me atrevía a emprender una experiencia de tal gravedad sin tres testigos cuyos testimonios ofrecieran más confianza en caso de un accidente repentino. Acababa de aplazar la operación hasta las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con el que tenía alguna amistad, el señor Teodoro L..., me sacó definitivamente del apuro. Al principio había pensado en esperar a los médicos, pero comencé inmediatamente, empujado por las vivas instancias del señor Valdemar, y en segundo lugar porque no había que perder un solo momento.

El señor L... fue bastante bueno para acceder al deseo que le expresé de que tomara notas de todo cuanto ocurría y puedo decir que he calcado mi relato de ese proceso verbal, copiando palabra por palabra, cuando no lo he condensado.

Eran las ocho y cinco de la tarde cuando, cogiendo la mano del paciente, le rogué que repitiera al señor L..., tan claramente

como pudiera, su deseo de que hiciese una experiencia magnética sobre él en tales condiciones.

Valdemar repitió con voz débil, pero muy claramente:

—Sí, deseo ser magnetizado —y agregó en seguida—: temo haberlo aplazado demasiado tiempo.

Mientras hablaba, había comenzado los pases que me parecían más eficaces para dormirle. Evidentemente, sintió la influencia de mi mano desde el primer pase magnético; pero, aunque desplegase todo mi poder, no se manifestó ningún efecto sensible hasta las diez y diez, cuando los médicos D... y F... llegaron a la cita. En pocas palabras les expliqué mi deseo; y como no hicieran objeción alguna, asegurándome que el paciente había entrado en el período agónico, continué sin vacilación, pero cambiando los pases laterales en pases longitudinales, y concentrando mi mirada en los ojos del moribundo.

Mientras tanto, su pulso se hacía imperceptible, y su respiración cada vez más dificultosa, paralizándose por intervalos de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora, casi sin cambio alguno.

No obstante, al cabo de este tiempo oímos un suspiro natural, aunque horriblemente profundo, cesando la entrecortada respiración, es decir, cesando el estertor, y respirando por intervalos iguales. Las extremidades del paciente estaban como heladas.

A las once menos cinco minutos, advertí síntomas nada equívocos de la influencia magnética. La vacilación vidriosa de la mirada se cambió por esa expresión penosa de la mirada *interior*, que no se ve más que en los casos de sonambulismo, y acerca de la cual es imposible equivocarse. Con algunos pases laterales rápidos, le hice parpadear, como cuando tenemos sueño, e insistiendo un poco más, conseguí cerrarle los ojos. No obstante, esto no me bastaba, y continué vigorosamente mis ejercicios, proyectando intensamente la voluntad, hasta que hube paralizado completamente los miembros del dormido, después de haberlo colocado en una posición aparentemente cómoda. Sus piernas se extendieron completamente, y los brazos también lo hicieron casi por completo, reposando sobre el lecho, a una mediana distancia de los riñones. La cabeza quedó ligeramente elevada.

Cuando hube hecho todo eso, ya era más de medianoche y rogué a los presentes que examinaran la situación del señor Valdemar. Después de algunas experiencias reconocieron que se encontraba en un estado de catalepsia magnética sumamente perfecta. La curiosidad de ambos médicos estaba excitada en alto

grado. El doctor D..., repentinamente, resolvió quedarse durante toda la noche al lado del paciente, y el doctor F... pidió permiso para retirarse, prometiendo volver de madrugada. El señor L... y los enfermeros se quedaron.

Hasta las tres de la mañana dejamos tranquilo al señor Valdemar, y a esa hora, me aproximé y le encontré exactamente en el mismo estado que cuando se marchó el doctor F..., es decir, que estaba extendido en la misma posición; que el pulso era imperceptible y la respiración tranquila, aunque casi apenas sensible, puesto que para darse cuenta de ella era preciso ponerle un espejo ante la boca. Tenía los ojos cerrados con naturalidad, y los miembros tan rígidos y fríos como el mármol. No obstante, la apariencia general no era la de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar, hice un pequeño esfuerzo para obligar a su brazo derecho a que siguiera al mío en los movimientos que yo describía dulcemente por encima de su persona.

En otro tiempo, cuando había intentado estas experiencias con el paciente, nunca había triunfado por completo, y puedo asegurar que esta vez tampoco esperaba nada satisfactorio; pero, con gran asombro, vi que su brazo seguía muy suavemente, aunque indicándolas poco, todas las direcciones que el mío le señalaba. Entonces traté de dirigirle algunas preguntas.

—Señor Valdemar —le dije—, ¿duerme usted?

El señor Valdemar no me respondió, pero vi temblar sus labios, por lo que repetí mi pregunta tres veces. A la tercera, un estremecimiento recorrió su cuerpo; los párpados se levantaron por sí mismos para dejar al descubierto una pequeña parte del globo del ojo; los labios se movieron perezosamente y dejaron escapar estas palabras en un murmullo apenas descifrable:

—Sí, estoy dormido. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros y los encontré tan rígidos como antes. El brazo derecho, como hacía un momento, obedecía a la dirección de mi mano. Nuevamente interrogué al sonámbulo:

—¿Le duele aún el pecho, señor Valdemar?

La respuesta se hizo esperar un poco y la murmuró aún con menos fuerza que la anterior:

—¿Dolor? No, muero.

Por el momento, no juzgué conveniente atormentarle más, y no se dijo ni se hizo nada hasta que llegó el doctor F... que quedó asombrado al ver vivo al enfermo, casi al amanecer. Después de haberle pulsado y haberle aplicado un espejo a los labios, me rogó que le hablara de nuevo, lo que hice inmediatamente en la

siguiente forma:

—Señor Valdemar, ¿sigue usted durmiendo?

Como precedentemente, tardó algunos minutos en responder; y, durante el intervalo, el moribundo parecía reunir toda su energía para hablar. Al interrogarle por cuarta vez, respondió muy débilmente, de modo casi ininteligible:

—Sí, duermo, muero.

Entonces los médicos opinaron, o más bien expresaron el deseo de que no se molestase al señor Valdemar y que continuase en este estado de coma aparente, hasta que muriera; y eso debía ocurrir, y en esto estuvieron de acuerdo, en un plazo de cinco minutos. No obstante, resolví hablarle de nuevo, repitiendo mi precedente pregunta:

—¿Sigue usted durmiendo?

Mientras hablaba se operó un gran cambio en la fisonomía del moribundo. Los ojos giraron en sus órbitas, y se abrieron; la piel tomó el color de la muerte y las dos manchas circulares hécticas que hasta ese momento estaban vigorosamente fijadas en las mejillas, se *apagaron* de repente. Me sirvo de esta expresión, porque la rapidez de su desaparición me hace pensar en una vela que se apaga de un soplo. Al mismo tiempo, el labio superior se contrajo dejando al descubierto los dientes, mientras que la mandíbula inferior cayó bruscamente haciendo un ruido que fue oído por todos, dejando la boca abierta, y descubriendo por completo la hinchada y negra lengua. Presumo que todos los presentes estaban familiarizados con el espectáculo de la muerte; pero el aspecto del señor Valdemar era tan odioso en esos momentos, que todos retrocedimos llenos de horror.

Comprendo que al llegar a este punto, el sublevado lector no querrá darme crédito. No obstante, mi deber es continuar.

El señor Valdemar no presentaba el menor síntoma de vitalidad; y creyendo que estaba muerto, íbamos a dejarle en manos de los enfermeros, cuando oímos un pequeño murmullo que brotaba de su boca y que duraría cerca de un minuto. A la expresión de este período oímos una voz que sería una locura el intentar describirla. Sin embargo, hay dos o tres vocablos que se le podrían aplicar aunque no diesen el sentido cabal de ello: así, pues, puedo decir que el sonido era áspero, desgarrado, cavernoso; pero la repulsión total no es definible, pues el oído humano nunca ha registrado tales vibraciones. A pesar de todo, había dos particularidades que, lo pensé entonces, y aún lo sigo pensando, podían tomarse como características de su entonación, y que